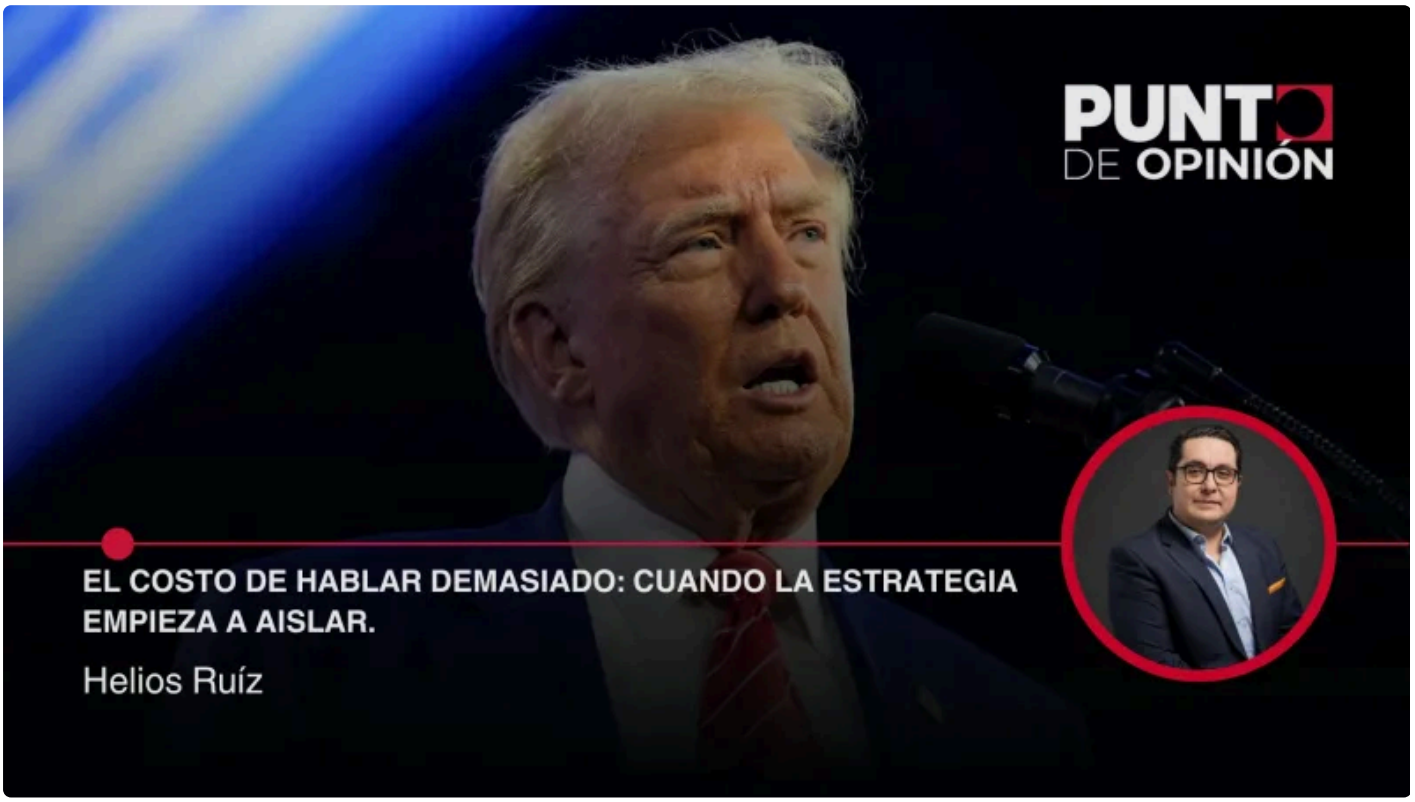
OPINIÓN

El costo de hablar demasiado: cuando la estrategia empieza a aislar

Por Helios Ruiz · 6 de mayo de 2026 · 5 min de lectura



En política, el silencio puede ser un error. Pero el exceso de ruido también.

El **mandato de Donald Trump ha estado marcado por una forma muy particular de dominar la conversación pública: decir mucho, todo el tiempo y sobre todos los temas**. Una estrategia que, en su momento, le permitió marcar la agenda y dejar a sus adversarios siempre reaccionando, nunca proponiendo. **La lógica es simple: cuando todo es urgente, nada termina siendo completamente analizado.** Cuando un tema apenas comienza a discutirse, otro ya ocupa su lugar. Es una forma de saturar el debate público, de avanzar sin detenerse demasiado en el costo de cada decisión o declaración.

Durante mucho tiempo, esta táctica funcionó. Sin embargo, lo que antes era una ventaja hoy comienza a mostrar sus límites, y no necesariamente frente a sus opositores, sino frente a sus propios aliados.

Lo que en semanas pasadas era una señal de alerta se ha convertido, esta semana, en evidencia difícil de ignorar. La relación entre Trump y el Papa León XIV, que ya venía deteriorándose desde abril, alcanzó un nuevo nivel de confrontación. Trump acusó al pontífice, en una entrevista con el canal conservador Salem News Channel, de "poner en peligro a muchos católicos" por su postura ante el programa nuclear de Irán, llegando a sostener, sin sustento alguno, que León XIV solo accedió al papado porque la Iglesia lo eligió para lidiar con él. La respuesta del Vaticano fue directa y sin concesiones. El Papa declaró ante periodistas que "si alguien desea criticarme por

anunciar el Evangelio, que lo haga con la verdad, pues la Iglesia se ha manifestado contra todas las armas nucleares durante años". No fue una respuesta defensiva: fue una lección de autoridad moral frente a una ofensiva que ya no sorprende, pero que sigue acumulando costos.

Lo que hace especialmente revelador este episodio es el contexto en que ocurre. Las declaraciones de Trump llegaron apenas cuarenta y ocho horas antes de que Marco Rubio, su secretario de Estado, viajara al Vaticano precisamente con el objetivo de recomponer las relaciones con la Santa Sede, dañadas al punto de ser calificadas por analistas como las peores en décadas. Es decir, la misma semana en que la diplomacia intentaba reparar el puente, el presidente lo volvía a dañar. Eso no es un error de coordinación: es un patrón. Como señal adicional de la distancia que crece, León XIV no visitará Estados Unidos en 2026, año en que el país conmemora sus 250 años de independencia. Pocas ausencias simbólicas dicen tanto.

Ahí es donde el verdadero costo empieza a hacerse visible. Lo que se describía hace semanas como una "distancia" con Giorgia Meloni, la primera ministra italiana considerada hasta hace poco su interlocutora más cercana en Europa, ya no puede llamarse así. Tras más de un año de firme alianza, la relación se resquebrajó abiertamente cuando Meloni calificó de "inaceptables" las críticas de Trump al Papa León XIV, y Trump respondió en términos igualmente duros: "Es ella la que es inaceptable", declaró al diario italiano Corriere della Sera, confirmando que ambos no hablan "desde hace mucho tiempo". **Una ruptura pública, en un medio europeo, con una aliada que él mismo había exhibido como su puente hacia el continente.** El costo para Meloni tampoco fue menor: la impopularidad de Trump en Italia, que cayó del 35 % al 19 % en apenas un año, fue señalada por analistas como uno de los factores que explican su primera derrota electoral importante desde 2022, cuando los italianos rechazaron su reforma judicial con más del 53 % de los votos. Lo que era un activo se convirtió en pasivo, y la factura la pagó ella.

Este encadenamiento de hechos abre una pregunta incómoda, pero necesaria: **¿puede una estrategia basada en la confrontación constante sostener alianzas en el tiempo? Porque, si bien es cierto que el estilo de comunicación de Trump le permite mantenerse en el centro de la conversación, también genera un efecto acumulativo. Cada declaración suma. Cada conflicto deja huella.** Y, poco a poco, esa suma comienza a reflejarse no solo en la confianza, sino en los resultados concretos: aliados que marcan distancia, relaciones diplomáticas que se tienen que reparar de urgencia, líderes que antes presumían el vínculo y hoy lo eluden en público.

A eso se suma algo que ya hemos visto antes**: la política del "todo al mismo tiempo". La necesidad de llenar cada espacio informativo, de no dejar silencios. Una herramienta eficaz para dominar el ciclo de noticias, pero difícil de sostener cuando los aliados también necesitan estabilidad, claridad y previsibilidad.** Porque gobernar, especialmente en el plano internacional, no es solo marcar postura. Es cuidar relaciones.

Los aliados no siempre se pierden por grandes traiciones. A veces se alejan por acumulación, por incomodidades repetidas, por no saber, en medio de tanto ruido, cuál será el siguiente movimiento. Meloni lo descubrió a un costo que ya se mide en votos. El Vaticano lo administra con dignidad, pero sin ceder un milímetro. Y la pregunta que queda flotando no es si la estrategia seguirá marcando agenda —porque probablemente lo hará—, sino si podrá sostener, al mismo tiempo, la red de apoyos que todo liderazgo necesita para mantenerse fuerte.

Porque, incluso en política, hablar sin pausa puede terminar dejando a alguien hablando solo.

Publicado en Punto de Referencia. Dirección original: https://puntodereferencia.mx/opinion/el-costo-de-hablar-demasiado-cuando-la-estrategia-empieza-a-aislar
Descargado el 21 de noviembre de 2026.